oscuridad; ya en la calle, emprendió á la carrera el camino escabroso del castillo, con la cabeza descubierta, y sin que le detuviese la fatiga de los pulmones comprimidos por la angustia que le devoraba. En menos de un cuarto de hora ganó la meseta de la colina; halló abierta la verja del parque, y se precipitó por ella como un loco; siguió corriendo por una frondosa alameda y á poco, sobre el fondo negro del castillo que se destacaba en medio del horizonte, distinguió la luz de dos linternas á cierta altura del suelo; lanzó un rugido, violentó más su carrera, adelantó bastante en pocos segundos, y entonces vió que habia adivinado todo lo que sucedia... Delante de la puerta de la vetusta vivienda habia un carruaje tirado por dos caballos; oyó distinto el golpe de la portezuela al cerrarse, y por un supremo esfuerzo llegó junto al coche en el momento en que el postillon se disponia á levantar el látigo para sacudir á los vigorosos trotones. Dentro del oscuro fondo de la silla de postas creyó distinguir las formas de un hombre y una mujer: ahogándose casi, se abalanzó al coche, le abrió con violencia, y gritó con voz ronca:

—¡Edilia!...

Una exclamacion ahogada fué la respuesta que obtuvo: una mano vigorosa le rechazó, empujándole por el pecho, y una voz enérgica y varonil resonó con acento de mando:

—¡Adelante, postillon!

Carvajan comprendió que todo iba á concluir: dos vueltas de las ruedas bastaban para abrir un abismo infranqueable entre él y la mujer amada. Antes de que el postillon pudiera obedecer estaba Juan delante de la cabeza de los caballos, y agarrándolos por los frenos con mano temblorosa, decia con gritos de angustia:

—¡Edilia!... ¡Baja!... ¡Aún es tiempo!... No, no partirás mientras yo tenga un átomo de vida.

Los caballos se encabritaban, sacudiendo con impaciencia sus cabezas; la misma voz de hombre que antes diera la órden de marcha, volvió á resonar colérica:

—¡Basta ya!... ¡Si ese hombre no se aparta, atropelladle!...

El brazo del postillon se alzó con fuerza, se escuchó el silbido de la tralla cortando el aire, y Carvajan, repelido por el casquillo de la lanza, que le pegó en el pecho, con el rostro cruzado por la fina punta del látigo, rodó por el suelo.

Cuando se le pasó el desvanecimiento que le produjeron el dolor y el rudo golpe, la oscuridad le rodeaba; logró ponerse de rodillas, y sus extraviados ojos distinguieron lejos, muy lejos, ya en la carretera de París, linternas del coche que conducia á Edilia, centelleando como dos luceros. Atolondrado, con el corazon oprimido, se alzó del suelo; tenia los párpados hinchados por el llanto, pero ya no humedecía sus pálidas mejillas ni una lágrima siquiera. Emprendió el camino de Neuville, llegó á la casa de Gatelier, donde éste dormia ya con sueño torpe y profundo, entró en la alcoba del borracho, y le agitó con fuerza, gritándole:

—¡Amo! ... ¡Señor Gatelier!... ¡Vuelva Vd. en sí! ¡Su hija de Vd., robada por el marqués de Clairefont, se va con él á París!... Que se la lleva ese miserable, ¿Oye Vd?

—¡Que se la lleva!... ¿Y qué?—murmuró Gatelier, en cuyo cerebro aún se agitaban girones de recuerdos de las ventas que habia realizado.—¡Deja que se la lleve!... Pero, ¿no sabes tú que los portes son siempre de cuenta del comprador?

Carvajan dejó caer el brazo de su amo, de nuevo aletargado ya; subió á su tabuco, y se arrojó sobre el lecho, devorado por la cólera y la vergüenza.

La fuga de Edilia, que parecia estaba llamada á destruir por entero los planes de Carvajan, lejos de esto, sólo tuvo para él ventajas enormes. Hay seres para los cuales hasta las desgracias se traducen en prosperidad. El tio Gatelier, abandonado por su hija, no encontró medio más á propósito para calmar la pena que hacerse aún más borracho. Desde por la mañana hasta por la noche pasaba el dia delante de un ejército de tazas de café y de botellas, que llenaban la mesa para él sólo reservada. Totalmente embrutecido, no hablaba de la fugitiva, no se ocupaba de su negocio, y Carvajan era el verdadero amo de la casa. Este la hizo subir como la espuma, y en tres años su comercio adquirió importancia tan grande como jamás se habia conocido.

Juan, frio, metódico, activo y muy formal, dió otro giro á las operaciones. Se dedicó á recorrer el contorno, hizo conocimiento con la mayoría de los labradores, y, prestándoles dinero cuando andaban en apuros, á subido interés y á cuenta de las cosechas, echó los cimientos de una especie de banco agrícola, del que más adelante habia de sacar gran partido, así financiera como políticamente considerado.

Al comenzar el cuarto año de esta nueva etapa comercial de la casa Gatelier, éste murió; todos sus compañeros de embriaguez le acompañaron hasta dejarle en la fosa; su hija llegó la mañana misma del sepelio, y formó tambien parte del fúnebre cortejo. enlutada y con el rostro cubierto por un velo de granadina tan espeso, que apenas se la podia reconocer á través de él. Luego que terminó la ceremonia, volvió

á la casa donde vió la luz, se encerró con Carvajan hasta por la tarde, y al oscurecer partió. Al otro dia el pintor de brocha gorda que adornaba las fachadas de las casas de Neuville, recibió órden para borrar en la muestra de la del difunto Gatelier este nombre, y poner en su lugar el de Carvajan. De este modo supo el pueblo que el dependiente se trocaba en dueño, y seguia haciendo los mismos negocios que su antiguo amo.

¿Qué habia mediado entre Edilia y él? ¿Cuál era el contrato que hicieron? Nadie lo ha sabido. Ella se fué para no volver; él anduvo triste y cabizbajo por algun tiempo, pero nadie osó preguntarle, porque era más el temor que causaba á las gentes la ruda manera como acostumbraba á sacudirse los importunos aquel hombrecillo flaco, pequeño y anguloso, que la curiosidad que todos tenian por enterarse de la manera de hacerse un contrato tan útil para él.

A contar desde entonces, Carvajan se consagró á su ambicion y su ódio, sin que la una disminuyese el otro y vice-versa. Los dos tenian igual objeto: por la primera aspiraba á hundir á Clairefont y sustituirle; el segundo quedaria satisfecho al colmarse aquélla. El hombre que persigue una idea única con fé y constancia, es invencible; Carvajan poseia una voluntad de hierro, una calma inalterable y un teson digno de mejor causa; debia subordinar, por lo tanto, sus actos todos á la idea de venganza, que estaba fija siempre en su mente. Ni el tiempo ni la ausencia de Clairefont fueron capaces de amortiguarla; con sólo alzar la cabeza y ver la silueta del castillo de su enemigo, le bastaba para reavivar el recuerdo: allí fué donde una noche de San Fermin llegó él, extenuado de fatiga, anhelante de pena, para recobrar á Edilia,

despues de sentir la vergüenza del engaño de que el aristócrata le hizo víctima. Habian pasado diez años, y todavía la cólera le sonrojaba el rostro; aún le parecia sentir el dolor de la delgada punta del látigo, que dejó sobre su mejilla la cicatriz de una herida casi borrada ya... Todas, todas sus fuerzas, cuantas pudiera asimilarse á su plan vengativo, serian pocas para obtener el fin que se propuso, y ¡por Dios, que las emplearia en el momento preciso!..

Ni un sólo dia perdió de vista la existencia de Honorato; vió con feroz gozo cómo su fortuna se aminoraba, mientras la suya iba engrosando; cada vez que sabia el fracaso de un negocio emprendido por su adversario, que cuando se cansó de hacer el loco volvió á sus aficiones científicas, sentia tal alegría, que no fuera ésta más completa si el dinero que aquél perdia en muchas ocasiones hubiera venido á reunirse con el suyo en su propia caja. Y de estos goces experimentó muchos; el marqués tenia más imaginacion que talento; se le metia en la cabeza una idea, se encariñaba con ella, formaba fantàsticos castillos en el aire, que halagaban su amor propio, y sólo despues de una decepcion, precedida de una pérdida metálica considerable, dejaba la empresa ruinosa para lanzarse de nuevo por otro camino tan ruinoso como el anterior. Era la antítesis de Carvajan, que nada emprendia sin madurar antes el negocio, hasta apreciarle en todos los detalles, y que, luego de lanzarse, no cejaba hasta haber sacado todo el partido posible. Cuando alguno de los que tenia encargados para enterarle de los actos del marqués le traia noticia de una nueva pérdida experimentada por aquél en alguna tentativa sin resultado, solia exclamar:

—¡Ya verán Vds. cómo no tengo necesidad de esforzarme para vencer!... Está loco y se arruinará sin que nadie le empuje.

Cierto dia, Carvajan tuvo un momento de verdadero entusiasmo: corrió por el pueblo la noticia de que Clairefont estaba en su castillo. Varios habian visto llegar á la estacion un carruaje blasonado, y luego bajar del tren, para montar en aquél, á un hombre, sombra tan sólo del antiguo mozo que en otro tiempo hacia latir tantos corazones femeniles en Neuville. El sucesor de Gatelier no se contentó con la duda; quiso saber de cierto, si, en efecto, su enemigo estaba al alcance de su mano; y sin perder un momento subió la colina, y desde el camino vió las ventanas del edificio abiertas. Sumido en borrascosa meditacion pasó largo rato contemplando el castillo y el parque, y ya, al caer la tarde, pudo distinguir en una alameda á un hombre que se paseaba con tardo andar; apenas si reconoció en él á Honorato: tan cambiado le halló. No era el mismo: su talle grueso no tenia la esbeltez del talle casi femenino de otra época; su rostro se habia hecho vulgar; sus cabellos, ya blanquecinos, no eran tan abundantes. Aún era un hombre hermoso, pero ya no era seductor. Carvajan le siguió con los ojos animados por un relámpago rencoroso, y al verle desaparecer entre los árboles de un bosquecillo, exclamó, extendiendo hacia él su brazo amenazador:

—¡Oh! ¡Has cometido la imprudencia de volver á ponerte á mi alcance!... Pues bien... Ya nos veremos.

Y poco á poco, sumido en honda meditacion, tomó el camino de su casa, cuyos negros y viejos muros, únicos compañeros de su soledad constante, eran mudos testigos de la tenebrosa lucubracion de cruel venganza.

El sino del marqués era asombrar á los habitantes de Neuville, y tornó á su morada campestre, despues de larga ausencia, bajo otro pié, más no de modo que su conducta fuera ménos digna de llamar la pública atencion.

Su vida retirada y laboriosa contrastaba con las antiguas costumbres desarregladas y crapulosas: se ocupaba con asiduidad de mejorar sus tierras y explotar sus montes; parecía tener ideas particulares sobre el sistema de cultivo y explotacion, pues trocó en prados los barbechos, compró muchas vacas, y montó una fábrica verdadera de queso y manteca, y al propio tiempo, en medio de lo más espeso del bosque de hayas que rodea el castillo de Clairefont, instaló una sierra mecánica y otros varios aparatos para labrar los árboles de los córtes que hizo.

En traje de campo, con gruesos zapatos, y con un baston en la mano, recorria las labores y los prados, vigilaba las faenas agrícolas, y parecia dichosísimo junto á sus obreros, no desdeñándose de tomar parte activa en el trabajo cuando alguna máquina, entre las cuales habia algunas perfeccionadas y aún inventadas por él, no funcionaba del todo bien, ó era preciso instruir á los maquinistas. Lo restante del tiempo que estas ocupaciones le dejaban libre, lo pasaba en una torrecilla, donde hizo colocar un hornillo para hacer sus experiencias químicas, y en la cual tenia multitud de aparatos de física; allí, á la luz, teñida de matices varios, al atravesar los vidrios de colores de las anchas y antiguas ventanas, sin más compañía que un viejo criado que le siguió en todos sus viajes (pues desde que otro de los sirvientes cometió una torpeza y se abrasó horriblemente las manos al romper una retorta que contenia cierto ácido corrosivo, el laboratorio era sitio cuya entrada estaba prohibida para los profanos), parecia una especie de doctor Fausto: esto daba lugar á mil fantásticos comentarios entre las gentes que habitaban los contornos, y sostenian que la prohibicion de que nadie entrara en el misterioso gabinete procedia de que el marqués era brujo, y practicaba, por lo tanto, la nigromancia, y en más de dos ocasiones los pasajeros que transitaban por la noche á través del monte de Clairefont, vieron la torrecilla iluminada por medrosos resplandores, y apretaron el paso llenos de terror murmurando una plegaria con honores de exorcismo.

Indudablemente había descubierto un secreto para abonar sus prados y hacerlos fertilísimos; sus cosechas no tenian rival desde que los cultivaba por su cuenta, y los arrendatarios de las otras posesiones administradas por arrendamiento, solian decir:

—Nuestro amo tiene buenos trigos y buenos forrajes, pero sabe Dios cuánto le costarán... Sus abonos, desconocidos para nosotros, le deben salir por un dineral... y áun puede que su alma y el diablo tengan algo que ver el dia de mañana... Anda... buen provecho le hagan sus combinaciones, que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer...

Tales palabras eran propias de gentes sencillas que habitaban en el campo, y que por ser patrimonio de las agrupaciones de gente ignorante, la repulsion hácia las novedades que trae el progreso de la ciencia, no podian explicarse más que por un influjo sobrenatural, lo que no les cabia en la cabeza llena de rutinas y supersticiosas ideas; pero Carvajan, que no creia en diabluras ni en magias blancas ni negras, comprendió en seguida el partido que podia sacar de estos elementos inconscientes, á quienes asustaban los procederes

del marqués, y en sus viajes contínuos por la comarca no perdia ocasion para hacer propaganda.

—¡Ojo!... Mucho ojo, pobretes—decia en cuanto se hablaba de estos asuntos.—El marqués de Clairefont es un mal enemigo para vosotros; trabaja por su cuenta, produce mucho, y vende directamente, haciendo una competencia que bajará los precios de los productos poco á poco... porque como á él no le hace falta para comer, y á vosotros si no vendeis os devora el hambre, claro es que ni podeis aguardar para dar salida á vuestros terneros, ni tirar la leche antes que darla al precio que á él se le antoje venderla; y si los compradores encuentran más barato lo que producen en Clairefont, no os comprarán á vosotros lo que os hace falta para que vuestros hijos tengan pan, sólo por vuestras bonitas caras...

Con estos y otros discursos análogos excitaba el descontento, y Tondeur, que no podia ver con tranquilidad cómo el propietario cortaba y preparaba las maderas por cuenta propia para despues enviarlas directamente á los arsenales de la costa y á otros centros de consumo, se alió con él, y no le iba en zaga en punto á crear atmósfera contra el marqués, valiéndose de otros argumentos no menos poderosos para exaltar los ánimos: provocaba la conversacion en la taberna siempre que podía, y, lo que era peor aún, al recibir jornaleros salia siempre con la misma cantinela, que le aprovechaba para recabar unos cuantos céntimos de rebaja en el precio de los jornales.

—Amigo mio: hágase cargo de lo que sucede, y verá cómo me da la razon. Hay mucha gente ocupada que no me es necesaria; yo veo un pobre que me pide trabajo, y le coloco, aun contra mis intereses; pero

¿cómo quiere Vd. que pague tres francos de jornal á un aserrador, si vendo ménos y sobran brazos? El marqués tiene aparatos que andan solos, y la madera de pié es suya, y donde ántes éramos cien hombres á mandar tablas y tablones, ahora somos doscientos; porque el tal ricachon, podrido de dinero, produce á máquina como ciento á brazo... Comprenda Vd. que harto es dar dos francos en lugar de tres... y eso, mientras con la competencia no tenga que abandonar el negocio, si no quiero arruinarme. Las máquinas, ya es sabido, son para dar á ganar á los ricos, y matar de hambre á los que no tenemos más que nuestro trabajo para ganar el pan...

Esto era inexacto, porque la sierra á vapor modificada por el marqués costaba dinero, lejos de ahorrarle; pero Tondeur realizaba así un doble objeto; en el órden moral combatía con ventaja á su competidor, y la rebaja de jornales le aumentó la ganancia de un modo considerabilísimo; pero así y todo, Carvajan y su cohorte de caciques no lograron destruir la influencia de las gentes del castillo sobre la poblacion rural, que necesitaba mucho tiempo para cambiar de ideas. En 1847, cuando las elecciones de diputados á Córtes, el marqués, con el apoyo de los comités realistas, obtuvo una enorme mayoría, y derrotó por completo á Doumontier, que representaba á los republicanos, y tenía gran influencia.

La lucha electoral fué cruda, y Carvajan se manifestó de tal manera adicto al fabricante de harinas, adversario político del marqués, que la hija del demócrata se prendó de él: lo que el jóven hizo por ódio á Clairefont, lo tradujo la infeliz por simpatías hácia su padre y amor por ella. Carvajan, demasiado listo para no aprovecharse de la romántica imaginacion de

aquella mujer que le convenia, supo darse buena maña, y seis meses despues celebró la boda con ella y sus cien mil francos de dote.

Al año siguiente, el marqués casó tambien; pero lo hizo con muy distinto criterio que el que inspiró á su ya difunto padre en iguales circunstancias; tomó esposa por amor y la elegida fué la hija más jóven del baron de Saint-Maurice, su vecino de propiedad, hombre chapado á la antigua, muy orgulloso de su nobleza, pero pobre á la par. La jóven marquesa, sencilla y dulce por temperamento, dió á Honorato dos hijos, Roberto y Antonieta; y durante su breve existencia fué un ángel para su marido, y constituyó el hogar perfecto, con todos los encantos que ofrece la familia; pero aún era muy jóven cuando murió, llevándose á la tumba todo el talento práctico, toda la prudencia de la casa, y, por consiguiente, el marqués se quedó sólo, sin persona que le fuese á la mano, y más monomaniático que antes en punto á inventos y experiencias, porque era más viejo y más infeliz, y los más perjudicados fueron Roberto, de trece años, y Antonieta, de diez, que vieron sustituidas las caricias maternales por la aparente indiferencia de un padre, absorto en utópicas lucubraciones científicas, y por la extraña ternura de una hermana de su madre, *masculinizada* por el celibato, y cuyas ideas la hacian vivir con medio siglo de retraso moral.

La señorita Isabel (así se llamaba la solterona) abandonó el pequeño patrimonio de Saint-Maurice para instalarse cerca de su cuñado, ó en tanto que éste se dedicaba á inventar cosas admirables en la teoría, pero ruinosísimas en la práctica, ella enseñaba á montar á caballo á la niña, á tirar al blanco al niño, y con aire altanero y caballeresco, sus teorías

absolutistas y su hablar hombruno, daba una idea aproximada del tipo de aquellas bravas amazonas de la Fronde, que de aventuras siempre, á todas horas en guerra, recorren los caminos, poniendo al rey á dos dedos de la ruina, de puro realistas.

Por lo demás, era la mujer más cándida del mundo, sin que fuera obstáculo para esto su fealdad, capaz de quitar un mal pensamiento al mismo diablo en persona. Era ignorante hasta decir que Enrique IV fué hijo de Enrique III, y tan fácil para enojarse, que rayaba en gruñona. Casi tenia perilla y bigote, y si alguien se equivocaba llamándola señora en vez de señorita, poco faltaba para que se hiciese justicia á sí misma calentándole las orejas. Jamás lábio humano pronunció mayor número de barbarismos; como cosa corriente decia: mi sobrino á caballo es un *bucentauro*, y fué inútil que el marqués pretendiese corregirla, contándole la manera cómo Aquiles se educó bajo la direccion del centauro Quiron, y notando en seguida la diferencia que habia entre este personaje mitológico y la galera capitana de la escuadra de Venecia en tiempo de la república; siempre le salió al paso diciéndole: Déjame en paz con tus *batiburrillos*; cada cual habla á su modo, y no es para mí de fe que el tuyo sea el mejor; lo que importa es que se entienda lo que se quiere decir, y hasta el dia tus hijos no dejaron de hacerlo. Nuestros padres no sabian tanto, y sin embargo andaba el mundo mejor que ahora, que es una *Torre de Babilonia*...

La buena señora tenia sobre Roberto una influencia enorme, pero pecaminosa por sus efectos; le mimó tanto desde su más tierna infancia y á tal punto le metió en la cabeza las ideas absurdas de rancia aristocracia que á ella le ofuscaban, que del que hubiera

podido ser un hombre de provecho dirigiéndole con tino, fomentando su pereza de alma y la prodigiosa actividad de su cuerpo, resultó un ser díscolo de puro orgulloso, sin más afanes que cazar, presumir de bebedor invencible y perseguir muchachas. Habia en él algo de la viril pero brutal grandeza de los señores feudales, y esto entusiasmaba á su tía de tal manera, que, cuando su cuñado se lamentaba por la desaplicacion de su hijo y la salvaje turbulencia de su caracter solia decirle:

—¡Sí, á ti no te gusta que sea de ese modo, porque no es un Clairefont *de ahora!...* Pero pierde cuidado, que no seguirá tu huella el niño; ¡es un renacimiento de los Clairefont y los Saint-Maurice de otros tiempos!...

En cuanto á Antonieta, á pesar de los esfuerzos de su tia, su natural, dulce, franco, y sencillo, no se cambió, y era una adorable criatura; nada tenia de *marquesa* en sus costumbres, tan humildes como violentas eran las de su hermano; sin que esto fuera obstáculo para dar gusto á su tia ejercitando el cuerpo; halló medio de instruirse leyendo mucho, y cazaba conejos en el parque en compañía de su padre, y estudiaba en su casa cuanto le era posible; pero le era más grato montar á caballo para huir del disgusto de ver morir á pobres animales, sólo por recrearse en matarlos, y más de una broma de su hermano, burlándose de sus sensiblerías, le costó verter lágrimas.

Era de mediana estatura, pero muy bien formada; su rostro, de cutis fino y color sano, estaba animado por unos ojos negros, brillantes y expresivos, y sus lábios ligeramente gruesos, cuando se entreabrian para sonreir con dulzura, dejaban ver unos dientes pequeños, iguales y blancos. De ordinario su fisonomía expresaba la dulce calma de su espíritu alegre y bondadoso; revelaba la bondad y el bienestar en él reinantes. Tenia verdadero fanatismo por su padre; le mimaba como á un niño; era la única persona que en aquella casa se preocupaba con atencion por las teorías científicas del inventor; se esforzaba por comprenderle, sin lograrlo algunas veces, pero siempre admirándole; dibujaba muy bien, y de ella se valía el marqués para que le copiase los modelos, dándoles luego claro oscuro y colores á la acuarela; esto colmaba de alegría al pobre viejo, que en la admiracion de su hija le parecia ver el más precioso de sus triunfos.

Pero éstos, estériles en lo tocante á la utilidad, eran los únicos que alcanzó; jamás inventor infeliz pudo serlo tanto; los múltiples descubrimientos de aquel hombre fecundísimo de imaginacion, nunca sirvieron más que para costar mucho dinero.

Hacia una prueba en pequeño; no daba resultados; pensaba que, reducida la máquina á juguete, era injusto rechazarla por mala, y, lleno de ilusiones, la construia en grande; y como sucedia lo mismo que antes, las pérdidas eran formales, y se abandonaba el invento. No logró acertar en nada; siempre fueron sus aplicaciones infructuosas para la agricultura, mas no para los comerciantes que vendian los carísimos ingredientes ó aparatos que se ensayaban; y, sin embargo, el marqués no cejó delante de las dificultades, ni escuchó las amonestaciones de su cuñada, que le decía:

—Estás medio loco, y es una lástima que no lo estés del todo, ó seas totalmente cuerdo. Ni lo eres bastante para que te encierren, ni tampoco para que se te pueda dejar suelto... Con tus *maquinaciones* acabarás por arruinarte... ¡y entonces veremos qué inventas para evitar la miseria!